



Imaginario y estética ante la pandemia y la vida apantallada

Daniel H. Cabrera y Ricardo Martins

Pensar ante el abismo. La pandemia del COVID-19 o mejor el confinamiento al que nos ha conducido parece haber estimulado la vocación profética de periodistas e intelectuales. Hay un gran impulso para interpretar el futuro, lo que nos espera, lo que vendrá. Más, o menos, capitalismo; biopolítica; el diseño de un nuevo control social; subjetividades frágiles; economía en recesión mundial... la lista de visiones es tremenda. Pero el presente aún tiene mucho que decirnos, todavía no lo hemos experimentado en todas sus aristas, aún el choque con lo real afecta nuestros enfoques y perspectivas. El presente no acaba de hablar y el pasado aún envía fantasmas no percibidos y avisos desoídos. La prisa por profetizar parece una reacción vital que nos hace sentirnos ilusoriamente vivos. Nos hemos puesto a pensar como mensajeros del futuro tal vez, porque así podemos hacernos cargo de lo que (nos) sucede, aunque ello suponga una cierta negación de la actual amenaza y fragilidad de la vida humana -de mi vida-.

La situación se enfrenta como una especie de confinamiento del pensar como protección ante lo que se intuye o teme como impensable. Millones de personas, mientras intentan controlar el miedo a la amenaza, se ocupan de imaginar cómo comer al día siguiente sin poder salir de la casa o en cómo quedará su trabajo -si lo conservan- después de semejante parón económico. Mientras algunos tenemos, además, el oficio de reflexionar y apalabrar este aquí y ahora para contribuir a la discusión pública.

No cabe el intelectual profeta, pero tampoco el intelectual de vanguardia. La vanguardia entendida como la voluntad y el conocimiento del destino del cambio histórico-necesario o al menos, seguro- al que hay que conducir no es útil en una situación donde lo inesperado y el extrañamiento de lo nuevo asoma como experiencia de sufrimiento. Cuando lo real irrumpe es probable que lo más adecuado para el pensar sea acompañar al otro y a lo Otro, con sensibilidad y honestidad. Acompañarnos es, a la vez, dejarse contagiar y tomar distancia, el estar al lado y el retrasarse como modos de pensar-con y pensar-contra. Pensar con el otro -sus sensaciones y particularmente, su sufrimiento-; contra el otro -y los sentidos que lo atrapan-; y a contraluz, conmigo, para ver en la medida de lo posible, las figuras y sus sombras.

Una de esas formas que adquiere la negación del presente es afirmar que sucedió en China ("el virus chino"), lo que en el imaginario social aparece como el lugar ignoto, extraño, extranjero, con costumbres culinarias bárbaras, en definitiva, el otro de Occidente que somos nosotros. En el hablar se suele expresar como "escrito en chino" es decir, lo incomprensible por lejano y extraño. Otra forma, es el baile de cifras -en la mayoría de los países- de contagiados, el porcentaje respecto de la población o de muertos respecto de contagiados, la cantidad de hipótesis contradictorias sobre la posterior inmunización, los efectos en los pacientes más allá de los cardíacos respiratorios, las distintas estrategias sociales para proteger la población, y un largo etcétera.

Estética y situación actual. Entre todas las propuestas intelectuales frente a la actualidad llama la atención que no se destaquen los enfoques desde la Estética. La estética como práctica y reflexión sobre lo culturalmente bello, la experiencia de un orden creativo, la percepción de los fenómenos, el sentir pensante y el pensar sintiente, la

capacidad de creación existencial. Nos falta una mirada o la elaboración perceptiva de alguna armonía en el momento de lo indiferenciado y lo caótico. Un trabajo de ordenamiento que enfrente la irrupción de la crisis en el continuum de la vida y lo social. Parece que le pedimos a la ciencia respuestas terminantes en el deseo de restaurar la salud, la sanidad, a un estado anterior (¿de felicidad?) a la pandemia. Entretanto a lo artístico, a la estética, le pedimos que en la cuarentena nos distraiga de la amenazante realidad mientras dure el fenómeno ansiógeno. Lejos de tener un valor narcotizante que adormece, el trabajo estético necesita del fenómeno mental en su capacidad intelectual y emocional formando parte de acciones que van mucho más allá del mero entretenimiento.

La expresión estética es eficiente y accesible a todos en diferentes grados, siendo el éxtasis, como lo explica Heide Göttner-Abendroth en "Nueve principios de una estética matriarcal", su mayor expresión: "El verdadero éxtasis une al intelecto, las emociones y una acción, en un clímax donde el poder de ninguno está limitado por los otros dos. No se expresan consecutivamente sino simultáneamente, y cada uno en su máxima capacidad". No es necesario siempre lograr éxtasis en la vida, ni en esta cuarentena, pero si están estos tres elementos -intelecto, emoción, acción- en cierto grado, habrá fenómeno estético. La estética, siempre dinámica, se presenta como salud e interpretación esclarecedora frente a los fenómenos sea un paisaje, una obra de arte, un evento de la vida o esta pandemia.

La obra de arte se ha usado hasta el exceso a lo largo de la historia como herramienta para transmitir mensajes arbitrarios de quienes ostentaban el poder de turno, sin embargo, la estética va más allá de la obra en su utilización particular. La estética se emancipa y nos permite distinguir y disociar lo bello de la utilización de

lo bello para fines de control social o adoctrinamientos. Control social que hoy más que nunca se juega en el consumo de bienes superfluos alejados de las necesidades estéticas. Por esto se puede decir que va más allá de lo bello como destino, nos pertenece a todos, sucede de camino y precisa del tiempo. Solo debemos abrirnos y, al modo de cualquier oficio, entrenarnos para entender sus mecanismos perceptivos armonizadores.

La contemplación súbita de lo bello supone siempre un tiempo anterior de gestación. Podemos aventurarnos a decir que la estética es una especie de ordenador de todo fenómeno. La estética desentraña tanto lo bello como lo cruento y tiene algo que decir tanto a la salud como a la enfermedad. En este sentido hay también una estética transformadora de lo cruento, del dolor, de la angustia, del aislamiento, o de la muerte. Para dar un ejemplo contundente desde donde podamos comprender las resoluciones exitosas del fenómeno estético, tomemos los casos más oscuros, como el cautiverio de Nelson Mandela o de Pepe Mujica. La actitud de fortaleza subyacente de ambos se relaciona poderosamente a un equilibrio estético de dimensiones colosales. Por aquí debemos comenzar a ver al fenómeno estético como transformador del aislamiento, de la cuarentena. Veremos que "mi" cuarentena es solo una más entre tantas. Hay distintas cuarentenas: pasadas en abundancia como en carencia, en soledad como en compañía. Cada una necesita un ordenamiento único, particular y al mismo tiempo solidario. La estética no compite en magnitudes, de lo más pequeño a lo más grande todo merece la salida bella del fenómeno. Hoy se hace evidente la fealdad de un mundo que vivía alejado de la estética. La contaminación ambiental es uno de tantos ejemplos que evidencian el agobio planetario como agobio humano. Y sin embargo las artes pre-anunciaban en sus obras esta angustia existencial que tanto turba a la humanidad en su búsqueda

del sentido. En la literatura, en la música, en el teatro, en el cine, en la plástica, etc., nos avisaban de la falta de armonía, del dolor de tantos, o de todos. Pero solo queríamos que las artes nos entretuvieran perdiendo de vista el sentido. La estética puede ser entretenimiento, pero ante todo es sentido. La estética mira lo bello como parte de un orden cósmico, como armonía, reorganización, transformación, creación cultural. Es continuo proceso de deconstrucción-construcción. La experiencia estética no necesita que le hablen de crisis permanente (del capitalismo o de lo que sea), la realidad no es linealidad del tiempo ni continuidad espacial. La estética ejerce una imaginación preventiva, transformadora y proyectiva, no se encierra en los límites supuestamente reales de lo dado.

El aislamiento y lo estético. El aislamiento solidariza porque no estamos aislados en silencio sino en una sinfonía de aislamientos que conforman un conjunto. El aislamiento personal no depende solo de cómo lo viva el sujeto en el vacío, depende de cómo lo vivan quienes me circundan, y en este caso quien me circunda abarca desde el vecino hasta el mundo entero. Esta relación con el otro terminará definiéndome y será solo en esa relación donde pueda ser simbólicamente "salvado". Si afirmamos que debemos vivir la cuarentena desde el otro, pensando en el otro, cambia todo. Este sería un reordenamiento estético, la institución de una armonía. Mi percepción de la cuarentena puede ser vivida como un yo desesperado que debe salvarse a sí mismo o desde la perspectiva de que hay un otro al que debo salvar salvándome. El aislamiento como fenómeno individual, se tornará eventualmente claustrofóbico. Sin embargo, si mi cuarentena es para el otro será como tener una ventana abierta por la que entra una brisa suave y fresca que me reconforta con su preanuncio de reencuentro. Esta podríamos decir es una resolución desde la estética.

Notemos que en la estética no hay juicios de valor, solo busca el ordenamiento de las partes desmembradas del rompecabezas, poner cada pieza en su lugar. El caos cesa, se rinde en la resolución estética. La estética nos hace menos violentos porque necesitamos fortalecer al otro para asegurar nuestra fortaleza. Así cada fenómeno se transforma en único y entonces cada día, en apariencia igual al anterior, sucede por primera vez. ¿No es esto lo opuesto a las conductas adictivas? Una superación de la repetición ominosa que busca aquella primera sensación de placer que ya no volverá. Mientras que la adicción nos tira para atrás, la resolución estética nos lleva a nuevos fenómenos liberadores cada vez. Nadie es adicto a amaneceres o puestas del sol o a la sangre de tu herida, al olor de su axila o al color de tus ojos. Será entonces en el reordenamiento y armonía del objeto por el sujeto donde podrá percibir al otro cotidiano, cada vez como "primera vez". Percibir, ya sin esfuerzo, en esa casi imperceptible novedad cotidiana y continua, al otro, cualquier otro. El amor, premio de la estética, hace que la persona amada y la misma vida sea siempre novedosa. Si hay novedad, aunque mínima y tantas veces imperceptible, será suficiente. La repetición en la experiencia estética se abre a la creación novedosa y puede desactivar la compulsión, ominosa y estática, que se despliega sobre el aparato anímico con toda su carga patológica.

Ordenamiento estético. Veámoslo desde otro enfoque. Como una especie de GPS anímico, topográfico, dinámico y económico, que nos sitúa en esta pandemia. La locación topográfica anímica se encuentra en el cruce de los ejes de la filogenia con la ontogenia que nos ayuda a ver la vida individual hoy en la intersección con la línea temporal evolutiva de la especie. Estamos en el inicio del siglo XXI, entonces si hablamos de los miedos tan apremiantes a causa de la pandemia podemos pensar en la función del miedo

en su dimensión evolutiva como una emoción clave, como señal anticipatoria de la amenaza latente que permitió la supervivencia de la especie. Desde el miedo a ser comidos por un oso en la época de las cavernas o los miedos de las pestes de la Edad Media a nuestros miedos actuales, hay una lógica de continuidad relacionada a la evolución biológica y cultural de la especie. En la locación topográfica puedo ver esta evolución en cada terreno temporal, desde el instinto pre-humano hasta la función del miedo hoy en nuestra situación concreta. También podemos proyectar los miedos por venir, por ejemplo, frente a la Inteligencia Artificial (IA) que amenaza con desplazarnos, los temas ambientales, el implacable desarrollo de la escalada nuclear y hasta la propia extinción humana. Es también un proceso psico-dinámico en términos de transformación del fenómeno anímico en circunstancias siempre cambiantes. Si ayer se temía a quien ocultaba su rostro hoy lo hacemos con quien no se lo cubre. Y también es un fenómeno energético. ¿Cuánta inversión anímica vamos a necesitar para atravesar esta encrucijada y sobrevivir anímicamente esta pandemia? La posibilidad de fobias y trastornos de ansiedad, entre otros, se presentan como otra gran amenaza a superar de igual gravedad que el coronavirus.

¿Qué tiene que ver con todo esto la estética? Tenemos que pensar que la estética nos acompaña desde los orígenes y podrá ayudar a que estos procesos se ordenen con el menor daño sanitario y económico posibles, a la vez de preservar en un grado mayor la salud mental individual y colectiva. La estética es el gran ordenador que nos lleva hacia la armonía, el placer, la satisfacción y el mejor entendimiento de las acciones de todos. Tiende a unir, jamás a separar, como queda evidenciado en una selva virgen o en una orquesta de música donde cada integrante y elemento es parte necesaria de la melodía, es parte del todo. La estética nos ayuda tanto en los procesos de duelo

frente a las pérdidas, como en la comprensión de la belleza deseada, que tantas veces se encuentra frente a nuestras narices y no podemos percibirla. El ordenamiento, en este sentido, se relaciona más con la "composición" de la obra artística. No es autoritario en tanto mecanismo de control social, es aplicado a la composición del fenómeno social como obra siempre única y original.

Pantallas profilácticas, vidas apantalladas. Las pantallas digitales se han revelado como profilaxis de la comunicación humana, la realización del sueño de la conexión sin contagio. Como la Gracia o la Caridad en la teología cristiana, lo digital corre por nuestras venas de fibra de vidrio de la nueva vida apantallada sin aparente "falta" original. Sin embargo, detrás de la pantalla que nos salva se añora el paraíso perdido del cuerpo que, ante la nueva expresión sonora y visual lumínica, puede sufrir para adaptarse. Después del hechizo inicial por su expresión digital va confrontando una especie de sustitución sensorial, la del estar conectados y sin contacto, juntos, pero sin los sudores, ni los olores, ni los roces, recordando la corporalidad de un paraíso perdido.

Cuerpos apantallados, transformados en proyecciones lumínicas intocables que permiten que el espectáculo continúe. Con las pantallas se trabaja, se educa, se hace gimnasia, se escucha música, se ve cine, se comunican los amigos, los familiares y los desconocidos. Las pantallas nos transmiten y nos proyectan lumínicamente en los ojos del otro, nos reflejamos en sus pupilas. Una cercanía total, pero sin aliento. Eso que culturalmente es la vida: el soplo divino de Adán, la respiración del ser vivo, eso que se transmite por besos y vibra a través del habla, aquello que se exhala como último hálito vital. De pronto lo que ha definido la vida humana se ha confinado y filtrado por las pantallas. ¿Una vida apantallada será un

nuevo tipo de vida sin hálito vital, sin respiración, sin aire vibrante? ¿Qué significado tiene esta experiencia en estos días?

Sin aliento y sin tacto. Es interesante que, así como se dice que los dispositivos son "inteligentes", se dice de la pantalla que es "táctil" porque la interacción con ella sucede sin mediación de otros dispositivos. La interfaz táctil simplifica la relación con el dispositivo complementando la visualidad de los signos que "representan" el software que se pone en funcionamiento con el tocar de los dedos. Pantallas táctiles para contactos sin contagio. Lo táctil humano sancionado en la pantalla.

Cabe recordar que del vocablo latino "tangere" nos viene tacto, táctil, contacto, contagio, como también contaminar y contaminación. Esa familia de palabras recuerda que la comunidad de vida -vegetal, animal, animal humana- es una unidad de contagio, de contactos, y por eso mismo, de inmunización. El mundo digital ha popularizado la expresión "estamos en contacto" para referirse a permanecer relacionados, es decir, comunicados, "en línea", "enchufados". Estos días se plantea la paradoja de una comunicación por pantalla táctil que no involucra tacto, ni tocamientos entre los que se comunican. La vida apantallada no estimula la piel ni por rozamiento, ni por caricia. No hay temperatura corporal y eso afecta la condición de la comunidad ecológica. La estimulación remota de la piel no llega a destino, no hay meta. Habrá que pensar en las cualidades de una vida, un cuerpo, un sujeto apantallado sin contacto. La experiencia de estos días ayudarán a pensarlo atrevidamente.

Recuperar un marco de referencia y el deseo vital de un estado anterior. Antigualmente se les recomendaba a los niños que si tenían miedo mientras miraban una película "de terror" desviarán la mirada hacia el marco de la televisión. Ese pequeño desvío los devolvía a "la

realidad". En nuestra exposición a las pantallas - televisión, computadora, tablet, teléfono- no dejamos de mirar de reojo otros aspectos de la vida en una especie de memoria latente, de memoria del cuerpo. La pantalla no debe ser destino ni condena. Sin dejar de valorar el servicio que prestan podemos permitirnos volver a nuestro marco de referencia anterior, como en una especie de añoranza filogenética. Nuestros avances no pueden sacrificar lo humano. Por esto que la cuarentena cansa y la realidad aparece como añoranza del cuerpo. Añoranza de un estado anterior al encierro donde el espacio físico compartido nos constituía como unidades bio-psico-sociales, como unidad inquebrantable coincidiendo con el deseo.

Hace exactamente 100 años Sigmund Freud publicaba "Más allá del principio de placer". Escrito después de la Primera Guerra Mundial y la Pandemia de "gripe española" hace referencia a la neurosis traumática, a la repetición y a los sueños que no son cumplimiento de deseo. Pareciera que la salida de la pandemia hacia la "nueva normalidad" también nos pone ante potenciales situaciones traumáticas contrarias al cumplimiento del deseo.

Una pandemia vivida en cuarentenas apantalladas, de "modo seguro", nos remite constantemente a "un estado antiguo, inicial, que abandonó lo vivo una vez y al que aspira regresar por todos los rodeos de la evolución" (Freud). Viviendo en las pantallas tenemos como sueño un futuro inmediato como deseo de una "normalidad" de la que -según recordamos- venimos. Y allí germinarán nuevas ansiedades y miedos porque la vida social cambiará. En primer lugar, hasta que se fabrique una vacuna; y, en segundo lugar, pero como paso decisivo, será la toma de consciencia de la incertidumbre y el riesgo, no como algo casual o accidental sino sistémico. Habrá que preparar una nueva subjetividad que transforme las estructuras básicas de la experiencia humana en el mundo.

Como continua Freud "si nos es lícito admitir como experiencia sin excepciones que todo lo vivo muere, regresa a lo inorgánico, por razones internas, no podemos decir otra cosa que esto: la meta de toda vida es la muerte; y, retrospectivamente: lo inanimado estuvo ahí antes que lo vivo". Esta meta que es de dónde venimos no puede quedarse en una reflexión de individual para dar sentido a lo biográfico. Habrá que prepararse para una sociedad consciente de la mortalidad producida socialmente, es decir, como consecuencia de nuestra organización social con desigualdades demográficas, tecnológicas y ecológicas insostenibles.

Puede que las pantallas acompañen a algunos a dormir, pero eso nada tiene que ver con dejarse narcotizar por sus promesas de una vida humana protegida. Despertar, ser constituidos por y en el otro. Otro, que soy yo, al que el abrazo ilumina con las infinitas tonalidades de la armonía vital de los cuerpos. Todo ello para pensar, entre otras cosas, en las muertes pandémicas en soledad sin la calidez de la presencia amorosa, sin que nadie les sostenga y acaricie las manos ante el suspiro final.

***Daniel H. Cabrera**

Profesor Titular, Universidad de Zaragoza
danhcab@gmail.com

****Ricardo Martins**

Artista plástico, www.1234infinito.com
rmartins80@gmail.com

